## **JOSE GOBELLO**

## EL LUNFARDO

Edición de 1995

ACADEMIA PORTEÑA DEL LUNFARDO
Buenos Aires

True, seguramente, Benigno Baldomero Lugones (1857-1884) quien por primera vez llamó lunfardo a cierto repertorio léxico propio de los jóvenes del bajo pueblo, tenido entonces por una jerga o caló de ladrones. El 18 de junio de 1878 el diario La Prensa, de Buenos Aires, publicó una nota sin firma, en la que se daban a conocer algunos términos compilados por un comisario de policía. "Para cerciorarnos de la verdad de este dialecto, - decía la nota- vimos en la policía a un ladrón preso, quien contestaba perfectamente a lo que se le preguntaba en su dialecto. Puede ser que alguno de nuestros lectores saque provecho de retener algunas de las siguientes frases si las oye en la calle y se precave de la gente que de ellas se sirve." (1) Los términos registrados en aquella nota periodística son los siguientes: marroca (cadena), bobo (reloj), bento (plata), otario (zonzo), musho (pobre), bacán (hombre), mayorengo (oficial de policía), shafo (vigilante), estrilar (poner atención), mina (mujer), campana (el ladrón que sirve de bombero mientras roba la cuadrilla), refilarle la vianda (pegarle un golpe al individuo a quien roba, echándolo al suelo; cuando el golpe es con palo se usa aquella frase con esta adición: en seco; si ha de ser con arma blanca dicen: refilar la biaba con caldo), lengo (pañuelo), funshe (sombrero), tocar espiante (mandarse mudar porque mira el vigilante), lunfardo (ladrón), música (cartera), calar (mirar bien lo que se ha de robar), espiantar (robar), arrevesarse (enojarse), no está el shafo (el vigilante no mira), encanar (llevarlo), lo portan en cana a Juan por lunfardo

<sup>1.</sup> Cfr. Luis Soler Cañas, Antologia del lunfardo. Buenos Aires, 1976.

(lo llevan preso a Juan por robo), dilatar (delatar), andar en la guianda (tener pesos), me batió (me delató).

Como se ha visto, en 1878 circulaba el término lunfardo con la acepción "ladrón". Amaro Villanueva ha sostenido que es un derivado de lombardo, a través de la forma acocolichada lumbardo, de la que existe documentación. (2) No ha sido propuesta, sin embargo, una etimología cierta de esa voz.

Cuando el 18 de marzo de 1879 publicó en el diario La Nación, de Buenos Aires, su famoso artículo Los beduinos urbanos, Benigno Baldomero Lugones propuso: "Hablemos un momento el caló de los ladrones, sigámoslos en sus maniobras, descubramos la estrategia que les es propia..." No escribió "hablemos un momento el lunfardo" sino "hablemos un momento el caló de los ladrones". Sin embargo, en nota a pie de página estampó: "Pronúnciese en ésta y demás palabras del lunfardo la ch como en la lengua francesa". Por su parte en 1888 escribió Luis María Drago: "En el lunfardo (palabra que designa al mismo tiempo la jerga y los que se valen de ella) de los ladrones bonaerenses, se nota muchas locuciones cuyo empleo a todas luces revela la necesidad de recurrir en ciertos casos a una jerigonza especial, desconocida de los profanos, pero otras palabras demuestran a las claras su origen profesional". (3)

Los términos del lunfardo recogidos por Benigno Baldomero Lugones en sus dos artículos de La Nación -el mencionado y Los caballeros de industria, aparecido el 6 de abril de 1879- son los siguientes: angelito (tonto), atorrar (dormir), bacán (rufián que explota a una mujer), beaba (salteamiento a mano armada), beabista (salteador a mano armada), bolín (habitación), brema (naipe), bufosa (pistola), bufoso

<sup>2.</sup> Cfr. Amaro Villanueva El lunfardo. Santa Fe, 1962. Vale la pena recordar que, en dialecto romanesco, lombardo, equivale a "ladrón" (Cfr. Filippo Chiappini, Vocabulario romanesco, Roma 1945, s.v.). Cocoliche es el nombre del castellano hablado por los inmigrantes italianos llegados a Buenos Aires a fines del siglo pasado y comienzos del actual. Un castellano acocolichado es un castellano hablado a la manera de dichos inmigrantes, es decir, con prosodia, léxico y sintaxis itálicos.

<sup>3.</sup> Luis María Drago, Los hombres de presa, Buenos Aires, 1888; pág. 102.

revólver), cabalete (bolsillo), cala (carruaje), campana (espía), corta (cortafrío), chacar (robar), chafo (vigilante), chancleta (puerta), chúa (llave), dar golpe (robar), embrocar (mirar), encanado (preso), escabio (borracho), escolasador (jugador con naipes), escrucho (cierta estafa), escruchante (lunfardo que practica el escrucho), espiantar (irse), espiante (cierta estafa), estrilar (rabiar), ferro (peso), gil (tonto), guita (dinero), guitarra (aparato que se hace pasar como si sirviera para falsificar dinero), a la gurda (de gran calidad), juiciosa (la Penitenciaría), lengo (pañuelo), lunfardo (ladrón), marroca (cadena), mayorengo (oficial de policía), micho (pobre), mina (mujer), morfilar (comer), mosqueta (cierto juego de naipes), música (billetera), otario (tonto), punga (robo en el que el ladrón saca los objetos del bolsillo de la víctima), punguista (ladrón que practica la punga), quinta (la Penitenciaría), refilar (robar por medio de la punga), refilar toco (sobornar), refilar la beaba (herir), toco (porción del producto del robo que corresponde a cada uno de los cómplices), trabajo (robo), vaivén (cuchillo), vento (dinero), zarzo (anillo).

Drago sólo agrega al repertorio compilado por Lugones los siguientes términos: caminar (seguir el ladrón a un jefe más hábil que él mismo), grupos (auxiliares del ladrón), llantar (comer), polizar (dormir), trabajar (hurtar), traya (tipo de hurto), vianda (piedra), y vianda a domicilio (pedrada). (4)

Para Antonio Dellepiane el lunfardo no era sino el argot criminal: "Los criminales reincidentes, los ladrones de profesión que pululan en los grandes centros del viejo y del nuevo mundo, se sirven, en las relaciones privadas que mantienen entre sí, de un lenguaje especial, enteramente propio, en el sentido de que ha sido formado por ellos mismos y de que no trasciende, por lo común, fuera de la atmósfera del delito. Distinto para cada país, y a veces para cada ciudad dentro de un mismo país, recibiendo en Francia el nombre de argot, el de gergo en Italia, en España el de bribia, germanía, hampa o caló y el de lunfardo en la República Argentina, este lenguaje ha sido objeto, en los últimos tiempos, de análisis prolijos. Se ha investigado su naturaleza, se ha inda-

<sup>4.</sup> Ob. cit.

gado las causas de su existencia, se ha evidenciado las leves generales de su formación. El resultado de estos estudios forma ya un nutrido arsenal de documentos y de observaciones que el jurista, el psicólogo y el literato utilizan con gran provecho para el conocimiento exacto y acabado de la psicología del hombre delincuente". (5) Y en nota a pie de página puntualizaba: "No deben confundirse las voces lunfardas, las creadas por los criminales para su uso propio, pero que a veces suelen popularizarse, con los argentinismos. A la clase de estos últimos, pertenecen, por ejemplo, los vocablos bolada, suerte, novia; bolearse, avergonzarse; titeo, burla y sus derivados titear, titeador; macana, mentira, disparate, y sus derivados macanear, macaneador, macanazo, macanudo, macanudamente, etc."

Sin embargo, el 1 de febrero de 1887 aparecía en el diario La Nación un suelto sin firma, titulado Caló Porteño (Callejeando). Se trataba de un diálogo de dos compadritos que no sólo no eran ladrones, sino, además, detestaban el robo a tal punto que, cuando uno de ellos dice: "Nunca me he querido ensuciar para darme corte: me llamarán guífaro; pero lunfardo nunca", el otro responde: "Bien hecho, compadre. Eso de refalar la mano tampoco nunca me ha gustao: siempre se lo he dicho a la mina: prefiero comer tierra antes que me llamen raspa". Y bien, esos compadritos emplean, en su colorida conversación, no pocos de los términos que Lugones, Drago, Dellepiane daban por exclusivos de lunfardos. He aquí el repertorio léxico de aquellos personajes: aijuna (interjección de enojo), arrevesarse (enfurecerse), arrollarse (abandonar una pelea), atorrar (dormir), barrilete (muchacha), batuque (diversión), bobo (reloj), bulevú con soda (exceso de comedimiento), bullón (comida), cantor (elegante), corte (figura coreográfica del tango), chafe (agente policial), che (vocativo del pronombre personal de segunda persona singular y plural), chucho (miedo), darse corte (hacer alarde de ostentación), dejar tecliando (propinar una golpiza), embrocar (mirar), encanamiento (acción de apresar), ensuciarse (robar), escarpiante (calzado), escabio (borracho), estrilar (rabiar), falluto (falso), farra (diversión), firulete (adomo), de mi flor (excelente), a la giurda (excelente), grébano (perso-

<sup>5.</sup> Antonio Dellepiane El idioma del delito, Buenos Aires, 1894, pág. 8.

na natural de Italia), güífaro (persona natural de Italia), jailaife (petimetre), lengo (pañuelo), leva (levita), levantar (seducir -a una mujer-), lunfardo (ladrón), marrusa (golpiza), mina (mujer), mishote (pobre), morfis (comida), ninte (nada), orión (sombrero de determinadas características), paica (querida del compadrito), parada (simulación), peringundín (danza de determinadas características bailada por inmigrantes italianos), pesao (hombre pendenciero y atrevido), raspa (ladrón), refalar la mano (robar), seneisi (genoveses), tano (napolitano), tarasca (muchacha), tocar espiante (irse), trambay (tranvía), vento (dinero), viaba (golpiza), zarza (anillo).

Luis Soler Cañas ha establecido que el autor de aquel suelto anónimo fue Juan S. Piaggio. Este, al recogerlo más tarde en su libro *Tipos y costumbres bonaerenses* (Buenos Aires, 1889), informó, en nota a pie de página: "Para escribir este artículo recuerdo que me vi obligado a confeccionar un pequeño diccionario de argentinismos del pueblo bajo, que siento no poder publicar, a causa de haberlo perdido. El daría la acepción de muchos términos que quizá no puedan adivinarse sino por los porteños y no por todos sinó por los muy porteños." (6)

Está a la vista que lo que para Lugones, Drago y Dellepiane era un caló de ladrones, una jerga desconocida de los profanos, un argot criminal, para Piaggio resultaba un repertorio de argentinismos del pueblo bajo. Lugones, que era escribiente del Departamento de Policía, había escuchado esos términos -como le había ocurrido ya al anónimo periodista de La Prensa- de boca de ladrones, y de boca de delincuentes los habían escuchado también Drago y Dellepiane, que eran criminalistas. Piaggio, un periodista con el oído atento al lenguaje popular, los había escuchado, en cambio, de boca de compadritos. Los tres primeros, creyendo que se trataba de una tecnología de lunfardos o ladrones, llamaron a esos términos lunfardo. Más sagaz, Piaggio advirtió que se trataba de un repertorio léxico popular y no de una tecnología. Los llamó, entonces, argentinismos del pueblo bajo.

Si se echa un vistazo a los términos recogidos por Lugones, Drago y Piaggio, y aún a los 414 recopilados en 1894 por Dellepiane, se adverti-

<sup>6.</sup> Luis Soler Cañas, Origenes de la literatura lunfarda, Buenos Aires, 1965, pág. 39.

rá que muchos de ellos son de origen italiano; tales, por ejemplo: bacán, beaba, bolín, bufoso, campana, chafo, embrocar, escabio, escruchante, espiantar, estrilar, lengo, mayorengo, misho, mina, peringundin, polizar, punga, refilar, toco, vento. Esto no debe extrañar dado que eran muchísimos los italianos residentes en Buenos Aires a fines del siglo pasado. No se ignora que, consecuentes con la ideas de Juan Bautista Alberdi, los gobiernos argentinos de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del siglo XX abrieron las puertas del país a la inmigración europea. Como la mitad de esa inmigración se radicó en Buenos Aires, la población de esta ciudad pasó de 92.709 habitantes en 1855 a 1.576.597 en 1914. Entre 1869 y 1914 el número de extranjeros radicados en Buenos Aires igualaba, cuando no superaba, al de los nativos, y entre los extranjeros eran mayoría los italianos. En 1869 la población italiana de Buenos Aires representaba el 23,5 por ciento del total; en 1887, el 31,9 por ciento, y en 1895, el 27,1 por ciento. La proporción favorecía mucho más todavía a los italianos en el total de la población masculina juvenil. En 1869, de cada cinco varones de entre 15 y 35 años, cuatro eran extranjeros, y si se considera que los italianos constituían la mitad de la población extranjera, puede presumirse que de cada cinco de aquellos jóvenes, dos eran italianos; uno, nativo y los dos restantes, de distinta nacionalidad.

Los italianos que se radican en Buenos Aires a fines del siglo XIX no siempre hablan italiano; muchas veces sólo conocen sus propios dialectos -el genovés, el piamontés, el napolitano, el siciliano, cuando no el milanés o el véneto-. Esos dialectos son escuchados por los compadritos (7) en los lugares de diversión, donde se produce la promiscuación de la población local y la inmigrada. En una ciudad donde la población masculina (no se ignora que la migración internacional es predominante-

<sup>7.</sup> El compadrito fue un personaje característico de Buenos Aires al que se ha comparado con el chulo español y con el guappo napolitano. Aquí uso la palabra compadrito con el sentido general de "joven nativo del bajo pueblo".

mente masculina y juvenil) supera ampliamente a la femenina (8) y donde esta desproporción se da, principalmente, en la población de condición modesta, diversión y prostitución son poco menos que la misma
cosa. Las academias, casinos, peringundines y cafés de camareras, a los
que concurrían por igual compadritos e inmigrantes, no eran sino
lupanares, patentados a veces y otras clandestinos. No debe sorprender,
entonces, que algunas voces dialectales italianas, antes de pasar al lenguaje coloquial del compadrito, se insertaran en la jerga de los rufianes.
Así por ejemplo, el genovesismo bacán designó inicialmente al dueño
de una mujer, el jergalismo mina, a la mujer explotada por un rufián;
piantar (luego espiantar) es abandonar la mina al bacán, dejarlo plantado.

Cuando se adueña de estos términos y los incorpora en su propia habla -a veces, tales como los oye (bacán, mina, miscio) y otras, deformándolos (poleggiares, convertido en polizar y luego en apoliyar; sotala, en sotana; rifilare en refilar)- el compadrito no trata de crearse una jerga, un lenguaje profesional. Procede festivamente, lúdicamente; imita por donaire un lenguaje que le resulta atractivo y festivo a la vez.

En una primera aproximación puede decirse, pues, que el lunfardo es un repertorio de términos llevados a Buenos Aires, a fines del siglo XIX, por la inmigración, predominantemente italiana, e incorporados definitivamente por el compadrito en su propia habla.

Ese compadrito, sin embargo, si bien incorpora tales términos en su habla, no forma con ellos un habla distinta de la que viene empleando para expresarse; simplemente la enriquece con algunos términos que le

La evolución de la población de la ciudad de Buenos Aires ha sido la siguiente en los años que nos importan (las cifras corresponden a los limites actuales):

Año	Total	Nativos	Extranjeros	Varones	Mujeres
1855	92.709	59.983	32.726	46.634	46.075
1869	187.126	94.963	92.163	93.464	83.662
1887	432.661	204.484	228.177	242.767	189.894
1895	663.854	318.361	345. <del>4</del> 93	356.702	307.152
1904	950.891	523.041	427.850	497.839	453.05 L
1 <del>9</del> 09	1.231.698	670.513	561.185	651.971	579.727
1914	1.576.597	798.553	778.041	850.562	726.035

sirven para salpimentar su discurso. Quienes crean con esos términos un habla distinta son los saineteros, los periodistas, los letristas del tango. Escribió Borges que "el lunfardo, de hecho, es una broma literaria inventada por saineteros y por compositores de tangos y los orilleros lo ignoran salvo cuando los discos del fonógrafo los han adoctrinado." (9) No le faltó razón. Los compadritos no hablaban de este modo: "-...! Salí di'ahi, salí! ¡Vos también te has estranjerisao!... Empezaste por piantart'é la esquina chantando á tus relaciones como bochaso d' italiano, luego cambiaste el lengo de ñudo caprichoso, por el cueyín doblao y corbata'é moña: adulteraste como alcol en manos de bolichero, la melena'é corte á lo San Antonio, pa presentar el pelo cortón como de conscrito; te raboneaste la onda rizada que asomando bajo el ala'el funyi, iba piropeando á las féminas y, siguiendo el mismo tren, abandonaste los leones á las francesa p'acomodarte uno d'esos con menos gracia que mujer inglesa, de pretina holgada, que tenés que sostener con tiradores porque se cáin de vergüenza..." (10) Esta es una recreación literaria del habla del compadrito. Si en cuanto léxico el lunfardo es un producto directo de la inmigración, en cuanto lenguaje -manera de expresarse- resulta, entonces, una creación literaria basada en los elementos léxicos inmigrados característicos del habla del compadrito.

El lunfardo no se agota, sin embargo, en aquel léxico y ese lenguaje. Escribió Borges que "el arrabal se surte de arrabalero en la calle Corrientes", (11) con meridiana alusión a los sainetes de Carlos Mauricio Pacheco, de Alberto Vacarezza y de tantos otros autores del llamado género chico criollo. Léxicamente abastecido por los sainetes, el periodismo y las letras de los tangos, el arrabal se creó un nivel de lengua. ¿Cuál? El nivel de lengua -de lengua literaria, va de suyo- de los personajes del tango y del teatro. Y puede decirse entonces que, en una tercera aproximación, el lunfardo es el nivel de lengua en que se colocan quienes tratan de expresarse al modo de los personajes del tango, del sainete y de la literatura lunfardesca que comenzó a proliferar a partir

<sup>9.</sup> Jorge Luis Borges. El informe de Brodie, Buenos Aires, 1970, pág. 11.

<sup>10.</sup> Santiago Dallegri. El alma del suburbio, Montevideo, pág. 83.

<sup>11.</sup> Jorge Luis Borges. Evaristo Carriego, Buenos Aires, 1930, pág. 76.

del año 1900. Pero si en un principio sólo descendían hasta ese nivel los hombres del suburbio -y, en Buenos Aires, el suburbio podía estar en cualquier parte, inclusive a dos pasos de la City: el término suburbio no expresa, en Buenos Aires, una ubicación geográfica sino una categoría social-, con el tiempo, la aristocracia se deslizó por el mismo declive. (12)

Pero deben sumarse todavía otros aportes: los italianismos supervivientes en los hogares de los inmigrantes, que pasaron al lenguaje coloquial de los hijos de esos inmigrantes. Tales términos como chula (piamontés, ciula), minga (genovés, minga), chuco (genovés, ciucco), mufa (genovés, mufa), crepar (italiano, crepare), que se insertaron en el mencionado nivel de lengua, al contrario de otros -tuco (genovés. tucco), feta (italiano, fetta), que se insertaron en la lengua coloquial. A todo ello han de agregarse todavía las voces del caló (dialecto gitano español) o del español popular (afanar, chamullar, choro, junar), tomadas del género chico español que durante largas décadas floreció en los escenarios de Buenos Aires; algunos vocablos argóticos, llevados por el proxenetismo francés (chiqué, gigoló, miché); los lusismos anteriores a la inmigración en masa (que deben ser considerados prelunfardismos), traídos, muchos de ellos, en boca de los esclavos negros que hablaban, al llegar a América, una suerte de créole de base portuguesa, (13) y voces aborígenes (chucho, pucho, del quechua; bataraz, catinga, del guaraní), conservadas en el habla general no sólo de los porteños, sino de los argentinos en general.

12. En el año 1927 la periodista Josefina Crosa publicó, en la revista Don Goyo, de Buenos Aires, una nota sobre La influencia del Lunfardo en la Mujer Actual. Expresaba allí que las niñas de la aristocracia empleaban coloquialmente términos tales como grupo, mango, ragú, piantar.

<sup>13.</sup> Para el habla de San Thomé, Cfr. Germán de Granda. Un temprano testimonio de las hablas "criollas" en Africa y América, en Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Enero-Abril de 1979; para los portuguesismos del habla de Buenos Aires, cfr. Germán de Granda, Acerca de los portuguesismos en el español de América, en Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Mayo-Agosto de 1968.

¿Y las creaciones locales? También las ha habido y en número no exiguo. Las más de esas creaciones, empero, han desaparecido y no son muchas las que persisten. Ellas, de todos modos, no empecen la calificación "aluvial" que hemos comenzado a aplicar al lunfardo cuando nos propusimos combatir la leyenda que los presentaba como un jerga delincuente. (14)

Una definición amplia y descriptiva del lunfardo no podría formularse, pues, con pocas palabras. Puede ensayársela, quizá, con las que siguen: repertorio léxico, que ha pasado al habla coloquial de Buenos Aires y otras ciudades argentinas y uruguayas, formado con vocablos dialectales o jergales llevados por la inmigración, de los que unos fueron difundidos por el teatro, el tango y la literatura popular, en tanto que otros permanecieron en los hogares de los inmigrantes, y a los que deben agregarse voces aborígenes y portuguesas que se encontraban ya en el habla coloquial de Buenos Aires y su campaña, algunos términos argóticos llevados por el proxenetismo francés; los del español popular y del caló llevados por el género chico español, y los de creación local.

Tal vez el siguiente verso de tango no resulte inútil para ilustrar la anterior definición: cuando rajés los tamangos buscando ese mango que te haga morfar. (15) De las once palabras que lo componen, cuatro pertenecen al nivel de lengua llamado lunfardo - rajés, tamangos, mango, morfar-, aún cuando una de esas cuatro es castizamente española: rajar, "dividir en astilla ó largos, algún leño. Por extensión se dice de cualquier cosa: como Rajar la cabeza, Rajar un quesó [...] " (Diccionario de Autoridades); tamango, del portugués tamancos 'zuecos' (en la campaña se llamó tamangos a cierto tipo de calzado rústico, hecho con cuero crudo); mango, de esta voz dice el Pequeño Diccionario Brasileiro

<sup>14.</sup> De los cuarenta y nueve vocablos lunfardos anotados por Benigno B. Lugones en los artículos mencionados (del cómputo excluimos seis derivados) sólo pueden ser considerados creaciones locales los siguientes: angelito, atorrar, cala, corta, chancleta, dar golpe, juiciosa, lunfardo, mosqueta, otario, quinta, vaivén, zarzo.

Se trata del tango Yira... Yira... que Enrique Santos Discépolo compuso en el 1930.

da Lingua Portuguésa, organizado por Hildebrando de Lima e Gustavo Barroso (Sao Paulo, 1951, pág. XV): "Mango (= "mil réis") -bras. e prov. port. Figueiredo dá somente como prov. port. com a definicao de 'antigua moeda de mil réis'"; morfar: es un italianismo jergal (cfr. morfia 'boca' en el Modo Novo da Intendere la Lingua Zerga, Cioe Furbesco, Opera non men piacevole che utilissima, in Venetia et in Bessano, circa 1620).